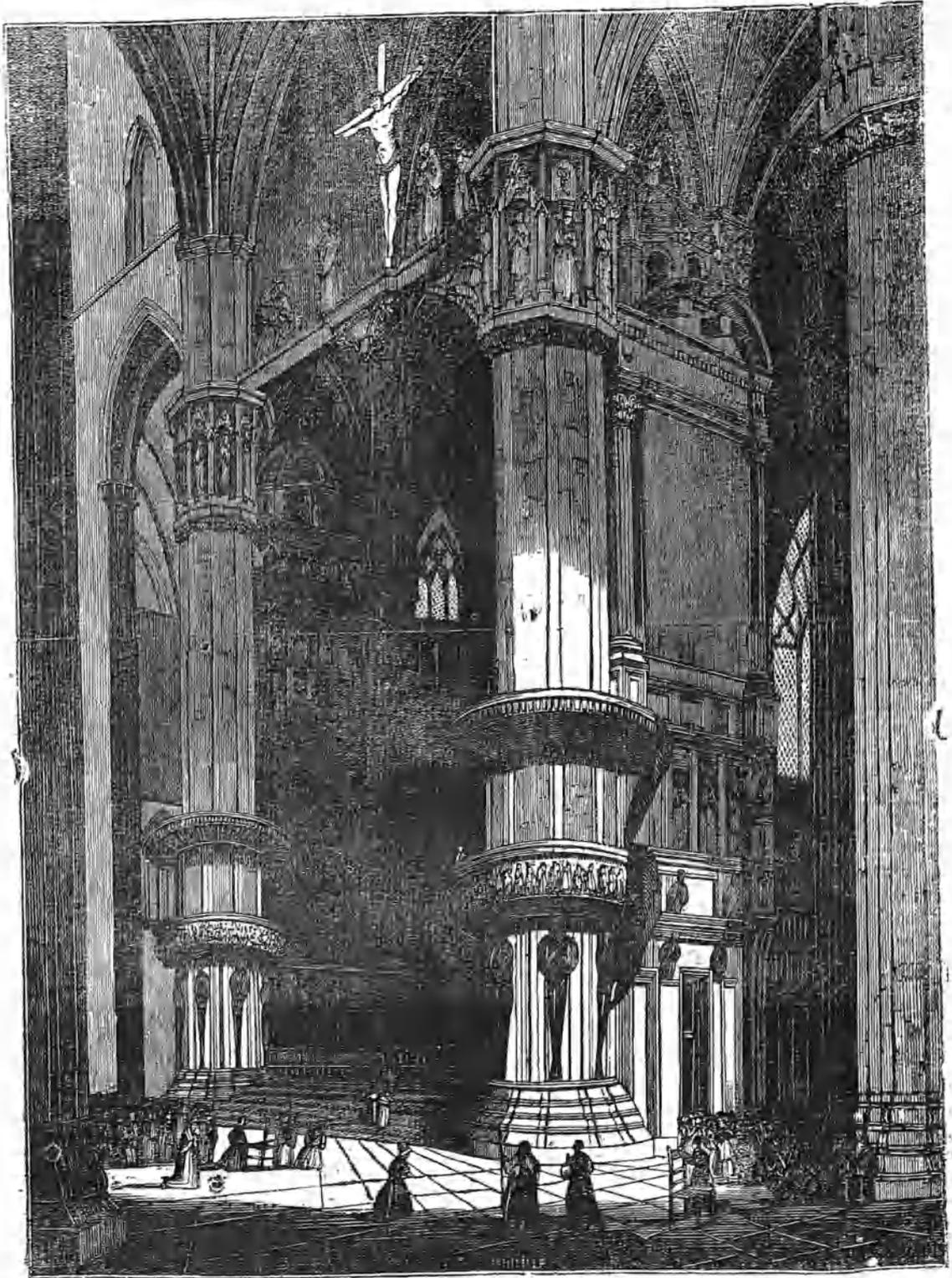


VIAJES. — ITALIA.



MILAN.

(Vista interior de su catedral.)

MILAN.



UNA de las ciudades de Italia más dignas de notarse por los artistas y viajeros es la de Milán, capital del reino Lombardo Veneto, situada en una fresca y deliciosa llanura en la margen izquierda del Otona.

No es nuestro objeto hablar hoy de su vistosa puerta Oriental, de sus numerosos palacios de Morino, Visconti, Mezzi y Castelli, de su magnífico anfiteatro de estilo antiguo mandado construir por el príncipe Eugenio, eruido de piedra de silberia, y capaz de contener 30.000 espectadores; pasará también en silencio el magnífico colegio de Breda en donde se halla establecida la universidad fundada por la emperatriz María Teresa en 1766, y su biblioteca ambrosiana, fundada en 1609 por el cardenal Federico Borromeo, que contiene más de 14.000 volúmenes y más de 15.000 manuscritos, apartaré los ojos de todas estas preciosidades para poder exponer algunas de las bellezas de su grandiosa catedral, la basílica más grande y hermosa de toda Italia, después de la de San Pedro de Roma, y de su magnífico teatro de la Scala el más suntuoso también de aquella península, y quizás del mundo entero.

Catedral de Milán.

Hállase situado este templo en el centro de la ciudad, en la plaza del mismo nombre: su forma presenta la de una cruz latina, y está dividida en tres naves, siendo la del centro doble más grande que las laterales: su bóveda de arquitectura gótica y sus cruzados están sostenidos por 52 grandes columnas de mármol, de figura octógona, y la cúpula del edificio por otras cuatro de mayor corpulencia. La extensión del templo es de unos 147 metros, y su elevación de unos 66; pero si á ésta se agrega la de su grande aguja de estilo morisco, y el de la estatua de la virgen, de cobre dorado, resulta que la elevación total de este soberbio edificio es de 108 metros. Admírase en el interior un hermoso baptisterio formado de una urna de pórfido, procedente sin duda de algunos antiguos baños romanos; circuyéndolo preciosas y brillantes columnas de mármol antiguo, que heridas por los rayos de las lámparas, reflejan su resplandor en todos sus contornos: los altares y capillas son de mármol de diversos colores, y sus vitrales de bronce perfectamente labrado.

Entre las innumerables preciosidades que llaman la atención del viajero en esta catedral, se distinguen la bellísima estatua de mármol blanco del pontífice Martín V, la no menos admirable de S. Bartolomé, obra de Marco Agreti, quien supo darle una expresión tan viva y verdadera que arranca lágrimas de los espectadores, al contemplar al santo en pie y desollado, colgada á las espaldas en ensangrentada piel. Admírase también el masado de mármol negro del cardenal Carciolo, y el sepulcro de S. Carlos Borromeo en una hermosa capilla subterránea.

Los bellísimas y bíblicas pinturas que adornan este templo, ejecutadas por los mejores pintores de Italia, la multitud de cristales y claravoyas en que se representan varios pasajes históricos, y los lucientes mármoles negros que por doquier se ven, le comunican cierta ma-

gestad y sombra que excita en el alma respetuosos afectos y religiosas efusiones hacia la divinidad.

En la fachada se admiran numerosas columnas de sumo gusto y variedad, coronadas de bellas estatuas, y cuanto tienen de más maravilloso la escultura y arquitectura: los estucos de mármol en que remata todo el edificio parecen separados como otros tantos puntos, y presentan el golpe de vista más imponente. Esta catedral comenzada en 1587 por orden de Juan Galeo Visconti, fue acabada por orden de Napoleón, siendo una de sus glorias la de haberse hecho coronar en ella este grande hombre rey de Italia en 26 de mayo de 1805.

Gran teatro de la Scala.

La Scala es el teatro más grande de Italia, y supuesto que en el día solo nos quedan las ruinas por recuerdos de los circos romanos, se puede decir que es el teatro más grande del mundo. Solo su patio contiene cómodamente más de tres mil espectadores. La magnificencia de sus adornos no cede en nada á la de sus proporciones, pudiendo considerarse á este teatro como el templo más hermoso que ha consagrado el dilettantismo al culto del arte lírico.

Para gozar completamente de la sorprendente impresión que causa la vista del interior de la Scala, es necesario entrar en él principiado ya el espectáculo, cuando adorna el foro alguna magnífica y dilatada decoración, y cuando los numerosos coros entonan alguna vibradora melodía de Bellini ó de Mercadante. Entonces los dos sentidos que más parte tienen en el sentimiento de la admiración, la vista y el oído, quedan de tal manera embergados, que apoderándose del ánimo cierta especie de aturdimiento febril no queda acción ninguna libre al análisis.

Las gigantescas proporciones de esta sala sonora, sus bóvedas animadas con frescos, sus seis filas de palcos ricamente adornados, el brillo de los mármoles, de las pinturas y de oro bruñido, la gracia de las festoneadas colgaduras que adornan todos los palcos y en medio de las cuales esparcen su luz numerosas bojias, la decoración de la escena tan mágica y tan dilatada que parece haberse abierto una gran puerta á una espléndida campiña; aquellos cánticos enérgicos que se unen en masas de armonía conmoviendo el aire con sus vibradoras percusiones; la orquesta con sus multiplicadas voces de latón y de cobre, la pompa, en fin y magnificencia del aparato escénico, aquellas zochas y flotantes plumas que sombrean las delgadas y finas tocas y los elegantes sombreros de las damas, los hermosos terciopelos, aquellos purísimos arañes, aquella copiosa lluvia de lentejuelas que adornan los bordados, y las resplandecientes armaduras de los caballeros, todo este lujo, todo aquel armonioso estruendo se apodera en masa de los oídos, y fascina la vista de los espectadores, sin permitirles fijarse en por menor alguno. Concluido aquel coro formidable, donde se unen sin la menor confusión cien veces vibradoras, desde los contraltos más graves hasta los sopranos más agudos, todo queda en silencio... Despiden un violín solo algún gracioso ritornelo, se adelanta la *prima donna* y entona una de aquellas maravillosas cantinelas cuyo secreto encantador posee tan solo la escuela italiana. Su voz, acogida por el más profundo silencio, lanza en aquella sonora atmósfera mil caprichosas notas que parecen descender del cielo y pasar por las vibradoras cuerdas de las liras que el pintor de la cúpula colocó en manos de las Musas y de otras divinidades alegóricas.

La Scala ofrece seis órdenes de palcos, cada órden

se compone de cuarenta: total doscientos cuarenta. La puerta de estos palcos dá á un largo pasillo que los separa de una especie de antepalco que sirve de vestuario. Caben cómodamente ocho ó diez personas en la mayor parte de estos palcos, ó mas bien gabinetes, porque tal nombre les merecen sus muchos adornos. Todos están colgados con telas de seda de damasco, lustrina, raso y aun terciopelo. La herandilla que los circuye es de la misma tela: la puerta y los lienzos del fondo están cubiertas con espejos, hay varias bujias colocadas en mesitas de mármol, el techo está adornado tambien de tela ó pintada elegantemente al fresco, y el suelo está cubierto con una alfombra. Agréguese á todo esto los demas accesorios consabidos de las franjas y borlas de las colgaduras, las sortijillas doradas, los cuadros de los espejos, los candeleros, almohadones, etc. etc. y podremos formarnos una idea de lo poco que estos palcos se parecen á los de nuestros teatros. Para entrar en ellos se tiene que pasar por un cuartito, que sirve como si dijéramos de antesala, y en donde están los criados para introducir las visitas y para lo demas que se ofrezca.

Los palcos de la Scala son propiedades particulares que solo reditúan á la empresa de teatros una corta suma por cada persona que los ocupa, á la manera que en algunos de nuestros teatros secundarios, y esto explica tambien la elegancia de estas encantadoras localidades que adornan como los gabinetes de sus palacios. Allí van cinco veces por semanas todos las nobles y hermosas milanesas á presentarse á la vista de sus admiradores, y á recibir las visitas sucesivas de sus conocimientos. La funcion comienza á las siete; pero hasta las nueve no ofrece el teatro un aspecto animado y elegante. El proscenio está rudendo de innumerables filas de sillones con respaldo, separados unos de otros para mayor comodidad de los espectadores y tambien del que entra á mitad de funcion que puede buscar sin incomodarlos su número.

Cuando llegan las señoras á los palcos, descubre un criado vestido con un librea las cortinas de seda, y sacude el polvo de los muebles y los coloca en orden, lo cual efectuado, aparecen las damas y los caballeros, dándose principio á las visitas que duran hasta el fin de la funcion.

La primera fila de palcos ocupa el lugar de nuestras galerías, y se eleva del suelo como la primera fila de dichas gradas, por consiguiente está sometida á la inquisicion de los espectadores que ocupan el proscenio, y es preciso que sea muy hermosa, ó que haya abdicado toda clase de pretensiones la señora que ocupe algunos de estos palcos, presto que desde allí tiene que oír las observaciones que su figura ó su traje excitan en el público.

La segunda fila es la mas aristocrática, y por consiguiente la mas cara. En la tercera y cuarta no pueden ser distinguidas las señoras desde las lunetas sino con el auxilio de los lentes y anteojos. La quinta no está como las primeras dividida en palcos sino que se forma de salones cada uno de los cuales ocupa el espacio de tres ó cuatro palcos, espaciosos y elegantes salones perfectamente iluminados, lo que contribuye sobremanera á hermosear el aspecto del teatro. Estos palcos se hallan ocupados por reuniones de jóvenes que forman allí su especie de tertulia donde juegan, hablan con libertad, leen los periódicos y aun cenan algunas veces. Para ellos el espectáculo es una cosa secundaria, y si se asoman al teatro es únicamente por oír cantar á la *Prima donna*, ó al tenor en fuga, la *Cavallina* ó el duo principal. En estos asientos se ven pocas señoras, pues únicamente asisten á ellos cuando no les ha sido posible encontrar otra localidad.

La sexta fila no corresponde á lo demas del teatro, por las personas que asisten á ella. No quiere decir esta, y fácil es de concebir, que en un teatro tan notable como la Scala, ocupe este lugar el pueblo bajo, sino los espectadores que no llevan guantes, los dilettanti proletarios. Justo será decir que esta *tertulia* italiana, de mejor gusto que la de nuestros teatros, es acaso la mas atenta á la representacion, porque no la distrae ninguna idea de elegancia, pudiendo entregarse libremente á su gusto apasionado por la música.

Esta sexta fila es la única en que varía el precio de entrada. Introducida cualquiera persona en el vestíbulo puede ir adonde mejor le parezca, ya sea al patio ó á los palcos. Para salir no se dá contrasena alguna, pues componiéndose el público de la Scala de un inmenso número de abonados los dependientes del teatro apenas vigilan sobre este particular, y no obstante casi se puede asegurar que el intruso que quisiera especular con la falta de vigilancia, difícilmente conseguiría introducirse fraudulentamente, á no ser que los acomodadores cerraran los ojos, lo que se hace siempre al fin del espectáculo.

En los días de *gala*, funciones á que asiste la corte, ó solemnidades líricas, se coloca encima de cada columna que separa los palcos una araña dorada con bujias. La vista que ofrece este teatro en semejantes ocasiones es verdaderamente mágica. En las funciones ordinarias se ven iluminados muchos palcos interiormente; y el del emperador lo está siempre aunque no esté ocupado, cuyo derecho de ocupacion solamente tiene la corte de Viena.

Pero demos brevemente una idea del arte lírico actual en Italia.

La mayor parte de las óperas son en dos actos, cada uno de los cuales se divide en varios cuadros. Concluido el primer acto, se ejecuta un intermedio de baile, que dura por lo menos hora y media, y que deja á los cantores tiempo suficiente para descansar y pasar al segundo. Se ha de advertir que los artistas italianos salen al teatro cinco ó seis veces por semana, por consiguiente necesitan este descanso en el curso de las representaciones. En la estacion de invierno, se ejecuta, concluido la ópera, otro baile de género cómico, que prolonga la funcion hasta media noche por lo menos. Los trages de los artistas, especialmente en los bailes, son de mucho lujo, por no decir muy bellos, supuesto que el brillo de las lentejuelas, de los encajes de oro y plata, pedrerías y taldos, seduce menos que cautiva el gusto de las masas de Italia. Ningun actor que representase algun papel importante, se atrevería á presentarse en la escena sin toda clase de bordados y plumas, las mas veces poco adecuadas á la severidad de la tradicion histórica. Todas las *prima donna*, particularmente, parece que han heredado sus trages de terciopelo en el río Pactolo, rio que llevaba en sus corrientes láminas de oro, y la última confidenta de ópera deslumbraba como el cielo de una noche de Italia. En el teatro de Milán se presentaría Herosán Cortés vestido de oro, cuando aun no habia ido á conquistar Méjico y el Perú, y en Nápoles se presentaban los pescadores de la *Multe de Portici*, representada con el título de *Fusella*, con galon de oro en sus gorras frígios.

A causa de una tradicion que perjudica notablemente á la verosimilitud no menos que á la visualidad, todos los coristas, comparsas y demas personal subalterno salen vestidos uniformemente. Así es que un grupo de caballeros parecen una compañía de soldados. Las mujeres, llevan tambien un mismo vestido con cola, ó sin ella, no distinguiéndose en mas que en su figura.

Pero en cambio no se perdona gasto alguno para que

todo el aparato escénico sea del mayor lujo. Se ha visto en una misma estación poner en escena tres ó cuatro bailes, exornados con un lujo igual al que se despliega una ó dos veces por año, en el teatro de la ópera de París, y en cuyo elogio se oyen resonar por mucho tiempo las aclamaciones de los periódicos. Los raos, terciopelos, sacajas de oro, perlas y lentejuelas, las armaduras y las plumas caen á discreción sobre aquel numeroso personal, bailando, saltando y accionando; y si el público reconoce en una obra nueva algo que haya servido para otra anterior, silva, el baile hace *fiasco*, como dicen ellos, y todos los trages y todo el aparato escénico desaparece con la obra. En el último invierno fueron silvados cuatro bailes sucesivos que no volvieron á representarse segunda vez. Otras tantas óperas experimentaron la misma suerte, lo que nos prueba que los milaneses no se duermen para sostener la superioridad de su teatro lírico.

Es un error que en los grandes teatros de Italia se ejecute una misma ópera, por espacio de muchos meses, en solo tres meses se han cantado siete óperas y cuatro de ellas nuevas para el público. Por aquí se infiere lo que trabajan los artistas de Italia. Por la noche tienen que ejecutar la ópera anunciada, por la mañana tienen que ensayar la que le ha de suceder, y que estudiar todas las novedades escritas espresamente para los teatros en que se hallan. Es necesario tener un pecho de bronce y un valor de hierro para resistir tanto; débese agregar á todo esto que las voces de cabeza y las mistas de cabeza y de pecho son inadmisibles en los teatros italianos, por consiguiente todo se tiene que cantar con voz de pecho.

No concluiremos este artículo sin trazar algunas líneas acerca de la formación de las compañías líricas en Italia. El año lírico se divide por lo regular en tres estaciones, la primavera, el otoño y el carnaval. Cada una de estas estaciones se compone de tres meses, y lo demás del año lo absorben los intervalos de las estaciones, y algunas representaciones suplementales. En cada estación se cambia de compañía, y muy raras veces permanece un artista seis meses en una misma población: si ha gustado se le vuelve á ajustar, pero de un año á otro lo mas pronto. La estación mas importante de Milán con respecto á los cantatrices es la de invierno, pues por la regular se reúnen en esta época los primeros artistas de Italia. Entonces es tambien doble la compañía, es decir, que dos óperas se ejecutan con diversos cantores. Hay dos primeros tenores, dos ó tres bajos, y cinco ó seis cantores mas. Terminada esta estación se marchan los principales artistas á alguna ciudad donde mas en voga esté la estación de la primavera. Y en otoño se esparcen y van á otros artistas en voga y representan por los teatros donde esta estación es la mas importante. En el intervalo de una ó dos semanas que media entre una y otra estación llegan los nuevos artistas, ensayan la ópera con que debe abrirse el teatro y así sucesivamente. Fácil es de inferir lo activo y laborioso de la vida de los artistas italianos. Solo tienen el término de ocho ó diez días para aprender y ensayar una ópera, y como se escriben muchas particiones espresamente para cada teatro, no basta que se hayan formado un repertorio de los grandes maestros, sino que necesitan plegarse, por decirlo así, á estudios siempre renacientes, y tanto menos favorecidos en resultados, cuanto que sucede muy raras veces que una ópera escrita por un maestro de segundo orden, se represente en otro teatro distinto de aquel para que ha sido compuesta. En la actualidad no hay en Italia mas que cuatro maestros que tengan el derecho de hospitalidad general en todos los teatros donde se canta

el italiano. Estos son, Rossini, Bellini, Donizetti y Mercadante. Retirado Rossini hace mucho tiempo á su villa de Bologna el mundo lírico no ha sabido en que emplear el tiempo, aunque hay suficientes motivos para sospechar y temer que no llama la música su atención. Apenas el ilustre perezoso ha tomado la pluma hace algunos meses para escribir una aria que el trun Ivanoff ha agregado á una ópera que ejecutó para su primera salida, Rossini ha dejado la escena francesa á Mr. Meyerbeer, y la de Italia á Mr. Donizetti, que rival suyo de hoy en mas, ha ocupado por sí solo casi todas las ecos de esta tierra esencialmente musical. Este maestro fecundo ha heredado el ceiro que abdicó el *Cisne de Pesaro*. La popularidad de Donizetti es hoy inmensa en toda Italia, y justo es que digamos que se la merece dignamente. Donizetti ha sabido aun mejor que Bellini espiritualizar todas las pasiones, elevando las almas hasta las regiones misteriosas del arte. Bellini solo tenía una cuerda en su lira: Bellini era el Lamartine de la música. Donizetti las tiene todas.

ANTONIO SICILIANO.

Anécdota histórica del año 1475.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

IV.



A han cesado las músicas y los bailes en el palacio de Mahomet; ya no se oye á lo lejos el canto de las esclavas que festejan al sultan, ni sale de las ventanas la brillante luz de mil antorchas que iluminan los salones, donde los hermosos pebeteros forman una atmósfera artificial con los troncos que se quemán en ellos. El sultan descansa sumergido en delicioso sueño á favor de las copas de Eschiras que ha bebido á pesar de su ley y su profeta. Mil ensueños aéreos y místicos revolotean en su imaginación, y le facilitan proyectos ambiciosos, ora lúbricos amores, ó bien inmensos tesoros cuales necesita para sus vastas conquistas. De repente múdase la escena, y á las grates ilusiones suceden las mas tétricas imágenes: la hija de Erixi se presenta á los ojos del sultan, no ya con las gracias que la adornáran en otro tiempo, sino con semblante adusto y amenazador: en vano intenta luir de su vista y volverse de otro lado; la sangre se hierve en sus venas, y un nudo fatal comprime sus fauces, y le impide la respiración; un sudor frío baña su cuerpo, y el corazón late fuertemente para desechár la sangre que le oprime. De repente el palacio se estremece, las magníficas colgaduras caen al suelo ó se agitan contra las paredes, y hasta su mismo techo parece que le arroja de sí. A la convulsion se sigue instantáneamente un horroroso estruendo, que segunda vez conmueve el edificio. La vision desaparece como una llama fosfórica; tiempo á Mahomet involuntariamente; incorpórase en su lecho,

y limpiándose los párpados duda si está despierto ó le acosa alguna horrible pesadilla. Arrójase presuroso á su habitación; abre las ventanas, y á favor de un resplandor rojizo que ilumina los edificios y las calles vé correr presurosos habitantes y soldados con la consternación pintada en sus semblantes. Oye los alaridos que crecen por instantes en la ciudad y en la marina, y mil pensamientos á cual más negros y suspicaces se agolpan en su imaginación, sin fijarse en ninguno. ¿Si le será traidor el visir? ¿si acaso la armada de los nazarenos habrá hecho algun desembarco de rebato? ¿ó se amotinará la soldadesca indisciplinada y tumultuosa pidiendo sus pagas? Perplejo entre tan contrarios pareceres vístese presuroso, busca sus armas, y llama á sus esclavos. Palidos y temerosos acuden estos; nada saben; nada contestan á sus reiteradas preguntas, y sus respuestas dudosas é inexactas no sirven sino de aumentar la confusión. En esto un confuso griterío llena las calles de la ciudad y los patios de palacio, y se dirige á la mansión del sultán: el agá de los genizaros se presenta á él.

¿Qué ocurre? grita Mahomet.

Señor, unos perros nazarenos han incendiado el arsenal; pero han sido descubiertos.

¿Qué has hecho de ellos?

Señor, no he permitido que los matasen como merecían, y los traigo á vuestra presencia.

¿Qué entreu al punto! gritó el sultán con voz ronca y bramando de cólera, al paso que en su imaginación ideaba los suplicios mas horribles.

Antonio se presentó el primero entre larga fila de soldados: venia sereno é impávido, y casi sonrió al entrar en el salón ideando un segundo golpe: sus compañeros permanecian igualmente animosos.

¿Qué motivo has tenido, perro infiel, (gritó Mahomet sofocado de cólera y dirigiéndose al siciliano) para cometer tal atentado?

¿Y qué motivo tuviste tú (replicó Antonio) para asesinar bárbaramente al comandante de Negroponto y á su hija?

Estas palabras desgarran el pecho del sultán; acuérdase de su ensueño fatal; sus dientes rechivan de cólera, y sus miembros se agitan con un movimiento convulsivo.

Hubo un momento en que se creyó que Mahomet luchaba consigo mismo, y que trataba de imitar la magnanimidad de Porseba. Pero no tardó mucho el desengaño. «Pues que tanto te interesas por aquel perro (dijo volviéndose á Antonio) morirás como él.

Si, infame, voy á morir como él, y mi sombra unida á la tuya te perseguirá incesantemente noche y día.

Cual el judío de la Luisiana que conducido al pie de la hoguera lanza una mirada silipendiosa sobre los guerreros de la tribu enemiga, y entona impávido su himno de muerte, de la misma manera el cautivo Antonio continuaba sus denuestos contra el tirano sin intimidarse al ver la sierra fatal que iba á desmenuzar sus miembros.

¿Ay de tí, infame! le dijo, si yo hubiera estado suelto y un puñal que cayó al suelo al quitarle la ropa reveló cuales habían sido sus pensamientos ulteriores.

Entonces volviéndose á sus compañeros y señalando el horrible instrumento, les dijo: «Hé aquí el remedio á nuestros males.»

V.

Cuatro dias despues se levantaba en la catedral de Napoli un soberbio catafalco: allí con letras de oro se veian inscriptos los nombres de Antonio y de sus tres compañeros, las campanas de la ciudad clamoreaban lúgubramente; los marineros ostentando flámulas y gallardetes

empavesaban sus naves con negros crespones, y los oficiales de la armada y del ejército vestidos de luto concurrían á las exequias.

Una salva general de la armada y de las baterías del puerto anunció el principio, y otra igual el fin de la augusta ceremonia.

¿Y de que le sirva todo este aparato al pobre Antonio? dijo un derrengado general que paseaba al lado del comandante Mocenigo interin que se hacian las disparos.

«Por mi parte, dijo él, no me he contentado con esto; he señalado al hermano de Antonio una pensión á par cuenta de la república, y ademas yo me encargo de dotar á sus hermanas; ya veis que mi reconocimiento es positivo.»

Por lo que toca al héroe Antonio, la historia poco agradecida á su generoso sacrificio se desahucó en transmitirnos su apellido; pero en cambio le honró con el renombre de su patria, apellidándole Antonio el Siciliano.

V. F.

NERON, REY DE LAS ISLAS DE MASACUA.

(Conclusion).



El capitán Morell invitó á Neron á que bajase con él á lo interior del buque, pero no quiso acceder hasta que tres de los suyos hubiesen acometido tan árdua empresa; dióles para ello la orden, á la que obedecieron aunque con repugnancia. Bajaron en efecto, y al terror sucedió la admiración y sorpresa, al ver la multitud de armas que por todas partes brillaban. Luego que Neron oyó los gritos de alegría de sus súbditos no pudo resistir el deseo de bajar á participar de sus emociones. Presentáronlos un espejo, y quedaron atónitos al ver en el copiado sus semblantes y repetidos sus gestos y ademanes; mirábase los unos á los otros, se abrazaban, prorumpian en exclamaciones de un gozo inexplicable, y rían á carcajadas.

Pocos momentos despues se vió el buque rodeado de una multitud de barcas llenas de indígenas de aquellas islas tan negras como los anteriores y deseosos de examinar los prodigios que los que se hallaban á bordo les referian. Bajaron á la cocina, pero no hubo fuerza humana capaz de hacerlos probar el pan ni ningún otro manjar de los que se les presentaron. El gefe Neron vió los cañones, y quiso saber cual era su uso; pero Morell no creyó político ni conveniente satisfacer su curiosidad; tomó sin embargo un poco de pólvora y la quemó á presencia de sus huéspedes, los que quedaron tan aterrados que cayeron boca abajo; pero viendo que ningún mal les había sobrevenido se levantaron al momento y dieron á entender que aquello producía el efecto del rayo y del relámpago. Luego que su curiosidad se vió satisfecha y empezó á calmar el ardor de su entusiasmo, se distribuyeron á Neron y sus principales compañeros algunos regalos que aceptaron con agradecimiento.

No quiso Neron quedarse atrás en demostraciones de

amistad y obsequio. Mandó ir á la isla una multitud de canoas que á poco volvieron cargadas de cocos y otros productos de aquella comarca: en seguida aquel gefe rogó al capitán le acompañase á recorrer sus tierras, y Morell saltó en compañía de Neron á la canoa de este, haciendo que les siguiese la chalupa bien armada y tripulada. El gefe negro condujo á los europeos á su choza que se distinguía de las demas en ser mas estensa y elevada. Tomaron allí alguna refaccion consistente en frutas y pescados de varias especies, y en seguida se sentaron sobre estereras formando un círculo en el que figuraban los gefes principales y algunas mujeres hermosas en su color y casi desnudas: todas las miradas de estas se dirigian al capitán Morell, á quien sin duda consideraban por gefe de alguna poderosa triba de una isla remota. Morell presentó á la reina un par de tógeras, una nabajita y un collar de vidrio de colores, lo que S. M. aceptó con entusiasmo, principalmente las tógeras; estos efectos escitaron la admiracion general de un grupo de seres que jamás habian visto un pedazo de hierro, y cuyos mejores útiles eran de conchas ó de piedras debidas á la casualidad.

Pero lo que mas escitaba la general atencion fue la persona del capitán. Nadie se atrevia á llegar á él excepto Neron, y aun este lo hizo con una especie de temor supersticioso. Luego que se hubo convencido de que era de carne y huesos como ellos, y que no era fácil hacer desaparecer el color blanco de que creian bañada su tez que suponian negra, arengó largamente á sus súbditos por la sorpresa que tan raro fenómeno les causaba. Los concurrentes le escuchaban inmóviles y con la boca abierta; rogaron á Morell que se desahrochase la casaca y la camisa para ver si el cuerpo era lo mismo que la cara, y el resultado fue ir en aumento su admiracion. Fueron aproximándose y enterándose uno por uno, y cuando ya se hubieron satisfecho, las mujeres se fueron quitando sus collares de conchitas, y los hombres los adornos de plumas y coral de sus cabezas, y los fuéron ofreciendo respetuosamente al capitán. Mas de cuatrocientos negros rodeaban á los americanos, y simultáneamente empezaron á coro una cancion que á juzgar por sus grotescos ademanes era dirigida á tributar las gracias á Morell y los suyos.

Habiendo estos dado á entender que deseaban recorrer la isla marcharon precedidos de seis indios que los servian de batidores, y durante la correría, así Neron como sus isleños se esforaban por distraer á sus huéspedes, saltando y haciendo cabriolas. El terreno era montuoso, y todas las plantas parece respiraban lozanía y juventud. Notábase algunos arbustos cubiertos con profusion de hermosas flores, las que Neron manifestó eran cultivadas de intento para su adorno personal.

Distingábase hácia el medio de la isla algunos montículos cubiertos de trozos de coral apilados sobre ellos y separados unos de otros por estrechos senderos: aquel lugar era el cementerio: cada montículo indicada una tumba, y nadie era osado de acercarse á él: allí solo se inhumaban los gefes y guerreros de distincion: los cadáveres de los demas habitantes eran arrojados al mar.

La estatura de aquellos indios es de 6 pies: son bien proporcionados, fuertes, nervudos, vigorosos y no poco gruesos, y sus brazos y piernas bien formadas; su cabeza extremadamente graciosa; su tez delicada; sus cabellos algo encrespados aunque bastante suaves. Los ojos los tienen grandes, la nariz proporcionada y elegante, los labios encarnados y un poco gruesos, y se abren suficientemente para dejar ver dos filas de dientes blanquísimos y tersos como el marfil. Pero el conjunto de su fisonomía

es agreste, y dá á conocer aquella ferocidad propia de los pueblos que aun desconocen los beneficios de la civilizacion. La mayor parte así hombres como mujeres van enteramente desnudos, aunque algunas de estas usan una especie de saya hecha con la segunda corteza del cocotero que les llega desde la cintura hasta la rodilla. Sus adornos consisten en conchas, huesos y dientes de pescados que cuelgan de la nariz, de las orejas, de los brazos, de la cintura y de las piernas. Los gefes se distinguen por turbantes de pluma que ondulan con gracia á impulsos del viento.

Las armas de aquellos isleños se reducen á arcos, flechas, mazas, y hachas hechas de palmera y de palo de rosa cinceladas y trabajadas con delicadeza y su punta es extremadamente dura y aguzada; las hachas y mazas tienen esculpidas en sus mangos horribles figuras de guerreros dispuestos al combate.

VIENA.



En tercera vez volvemos los ojos hácia la populosa ciudad de Viena, capital del imperio y archiducado de Austria, morada en un tiempo de las legiones romanas, dominada posteriormente por los godos, por los hunnos y por los húngaros, y constituida posteriormente residencia de la casa de Austria en el reinado de Maximiliano.

En dos artículos insertos en la primera serie de nuestro periódico enteramos á nuestros lectores acerca de su posicion topográfica, poblacion, clima, plazas, artesanales, alimentos y costumbres de los vieneses; réstanos pues que hablar de sus magníficos edificios, canales, establecimientos de instruccion pública y de otras particularidades dignas de llamar la atencion de los inteligentes y curiosos.

Entre los mas bellos edificios de Viena sobresale el palacio imperial, llamado el Burg que ha dado nombre á la plaza en que tiene su entrada (Burg Platz), y que se halla situada hácia la parte occidental de la ciudad. Este palacio es un edificio antiguo, sumamente grande y muy desproporcionado, aunque casi todas sus partes son de un estilo bellísimo. Contiénnense en él magníficas colecciones de mineralogía, preciosos gabinetes de historia natural, de objetos de artes, curiosidades y medallas. El tesoro imperial de este palacio es digno de admiracion tanto por la antigüedad de los objetos que encierra, como por su valor intrínseco. Consisten los objetos de antigüedades en una preciosa coleccion de bronce, estatuas y joyas de diversas materias, de quinientos vasos etruscos, cuatrocientas lámparas antiguas y treinta y dos mil medallas de oro y plata: se hallan tambien entre otras cosas, algunas obras de platería del célebre Benvenuto, que aun en el día pueden presentarse como modelos dignos de imitacion. Admítrase tambien la corona de hierro y el manto real que llevaba Bonaparte cuando fue coronado rey de Italia y los ornamentos imperiales de Carlos Magno los cuales son mirados con religiosa veneracion,

que á pesar de su estilo grotesco, no se desdeñan aun en el día los emperadores de cubrirse con esta investidura, en la época de su consagración: no debemos olvidarnos de unir á estas riquezas el bello museo Bresiliense, que se ha abierto hace pocos años al público.

El emperador habita la parte del palacio llamada Schweitshoff. Hallase rodeado este palacio de edificios sumamente notables: admirase á uno de sus lados la antigua chancillería del imperio adornada con cuatro grupos de colosales dimensiones, y al otro la biblioteca imperial, edificio muy estenso construido por el arquitecto Fischer de Erlach, en la cual se contienen trescientos mil volúmenes, seis mil ejemplares de los primeros ensayos de la imprenta, y doce mil manuscritos, siendo dignos de notarse entre estos los jeroglíficos mejicanos, un manuscrito de Dioscorides con dibujos de plantas en vitela y pintadas en el siglo quinto: el original del senado consulto que regularizó las fiestas bacanales, en el año 167 de Roma; el manuscrito del Tasso, de su *Jerusalem restaurada*, y varios papiros egipcios. Algo mas distante y en el mismo lado está situado el picadero ó escuela de equitación, modelo de arquitectura, uno de los mas grandes y bellos de Europa, obra maestra de Fischer de Erlach. Contiguo á el está el teatro de Burg. En el jardín público llamado Volksgarten hay un templo en que se admira la bellissima estatua de Teseo, una de las obras maestras de Canova.

Para formarse una idea de la suntuosidad de los edificios de Viena deberíamos pasar revista del palacio del archiduque Carlos, de la casa moneda, de la chancillería aúlica y del estado de los edificios del consejo aúlico y de guerra; de las chancillerías aúlicas de Bohemia, de Austria, de Ungría y de Transilvania, del palacio del arzobispo, del de la universidad, de los teatros, del palacio de la asamblea de los estados, edificado al estilo gótico, del observatorio y de muchas otras cuya descripción nos ocuparía demasiado tiempo.

Muy pocas ciudades de Europa cuentan mayor número de iglesias que Viena, á escepcion de las de Italia. La catedral de S. Esteban la mas elevada de todas está en el centro de la ciudad, es de hermosa arquitectura gótica, tiene de largo 396 pies, y de ancho 255, y la adorna un obelisco que llega á la elevacion de 505. En la torre, cuya altura pasa de cuatrocientos pies, hay una campana que pesa 36,000 libras, formada de cañones tomados á los turcos cuando levantaron el sitio de Viena. La iglesia encierra mas de treinta y ocho altares de mármol y las tumbas del emperador Federico IV, del príncipe Eugenio de Saroya y de otras varias notabilidades. La iglesia de S. Pedro edificada por el estilo de la magnífica basilica de este nombre en Roma tiene una cúpula cubierta de cobre. La de los Agustinos, no muy distante del palacio imperial, es digna de observarse, sobre todo por el hermoso mausoleo de la archiduquesa María Cristina, construido por Canova, y el de Leopoldo II, por Zoner. La de S. Raperto trae su origen del año 740. En la de los Capuchinos inmediata al Neue Markt está el mausoleo de la familia real, y contiene setenta y cuatro féretros. Es digno de notarse la costumbre que existe en Viena con respecto á la sepultura de los miembros de la familia imperial: sus cuerpos se entierran en la iglesia de los Capuchinos; pero sus entrañas se llevan á la iglesia de S. Esteban, y sus corazones á la de los Agustinos. Cerca del arrabal de Wienden se eleva la iglesia mas proporcionada de Viena, la de S. Carlos Borromeo que fue construida en cumplimiento de un voto hecho por el emperador Carlos IV, para que cesase la peste de 1713. Finalmente Viena tiene una iglesia

Laterana, dos griegas, una griega unida y dos sinagogas.

Las escuelas especiales de instruccion pública son muchas. En el instituto politécnico se enseña cuanto tiene relacion con las artes, la industria y el comercio. La academia de medicina y de cirugía es digna de notarse tanto por su organizacion como por la belleza de su edificio.

La universidad que cuenta setenta y nueve profesores, fue fundada en el siglo XIII, y dirigida mucho tiempo por los jesuitas, hasta que á mediados del siglo XVIII pasó bajo la direccion del célebre Von Swieten, quien hizo considerables mejoras en el departamento de medicina, cuya academia, en el día, es la mejor de Alemania. Tiene la universidad un precioso jardín botánico, un observatorio, un anfiteatro de anatomía, un gabinete de historia natural y una biblioteca de 100,000 volúmenes: el número de estudiantes que concurren á ella puede calcularse en unos 2000; hay cátedras de química de física y ciencias naturales. La escuela de orientalistas esta destinada para formar intérpretes que faciliten las relaciones del Austria con la Puerta otomana. En la biblioteca Teresiana se hallan 50 000 volúmenes; además de esta hay cinco bibliotecas públicas, tres establecimientos gimnásticos, un establecimiento especial donde se enseñan las bellas artes, otro donde se enseña su aplicacion á los productos de la industria; una academia donde se forman diestros ingenieros; un conservatorio imperial, de donde salen músicos distinguidos ascendiendo el número de discípulos de este establecimiento á mas de doscientos: hállase además enriquecido con archivos musicales muy importantes: con una biblioteca compuesta de obras teóricas é históricas relativas á la música, y una coleccion de instrumentos antiguos y modernos, de todos los pueblos del mundo. Una escuela normal forma excelentes profesores, y un seminario, eclesiásticos instruidos. La universidad protestante cuentan con muy pocos discípulos, porque los protestantes ricos prefieren educar á sus hijos en sus propias casas. Finalmente cuéntase en la ciudad cinco grandes colegios y sesenta escuelas elementales. Una de estas se halla destinada para los hijos de los labradores, y en ella aprenden gratuitamente á leer, escribir, la aritmética y dibujo. Las otras estan destinadas para los hijos de los artesanos á las que concurren los domingos, de nueve á once. Los jóvenes pertenecientes á las familias del estado medio reciben su educacion en los conventos, pues para las de los artesanos y oficiales existe una institucion particular.

Viena cuenta muchas instituciones de beneficencia, entre las que citaremos una escuela de sordo-mudos y la casa imperial de huérfanos. En uno de los arrabales de la ciudad hay fundada una casa de correccion para todos los mendigos de la provincia, y otra de detencion para todos los vagabundos: en una palabra, en Viena se ejerce la beneficencia con tal regularidad, que son muy pocas las capitales en donde se hallen menos pobres.

Viena es la primera ciudad del imperio en orden á las manufacturas, que ocupan mas de sesenta mil individuos. Su fábrica de porcelana es de las mas célebres de Europa; solamente la del gobierno emplea ciento cincuenta pintores, y mil y quinientos operarios. Tiene muchas fábricas de acero, de hilos de oro y plata, galones, de laton muy estimado, de ropas de seda, cintas, guantes, encajes papel é instrumentos de física y de música. La imprenta y el grabado de láminas y mapas son tambien ramos muy importantes.

El canal de Neustadt terminado en 1803 comunica á Viena con el Danubio y es de gran utilidad para su abastecimiento. Las embarcaciones suben por medio de esclusa hasta el estanque que hay en frente de la casa de la

ciudad. El 12 de febrero de 1833 se abrió un gran salón destinado á la esposicion de todos los productos naturales é industriales de los estados austracos.

A pesar de los grandes estragos que hicieron en Viena la peste en 1679 y en 1713, y el cólera morbo en 1832, la poblacion se halla aumentada considerablemente; los arrabales se han extendido con mas de seiscientas casas. En cada una de sus habitaciones, muy capaces se aglomera una poblacion de mas de cuarenta personas por lo menos: la casa de Fratner, por ejemplo, contiene cuatrocientos inquilinos y produce mas de 624000 reales.

Las fortificaciones interiores que circuyen la ciudad, no bastan para hacer de Viena una plaza que pueda ofre-

cer alguna resistencia. Asi es que su guarnicion no pasa de 12,000 hombres.

A pesar de la importancia de este capital, han nacido en ella pocos hombres célebres. Entre estos se citan algunos escritores que han ilustrado la literatura alemana; el historiador Schrockk, el médico Collin, el poeta Enrique Collin, J. B. Alxinger, y el célebre literato Mastalter. A la verdad, no parecen haber tenido hasta aqui mucho atractivo para las clases ricas de Viena los goces que procuran las ciencias y las letras. Las representaciones teatrales no son para ellos mas que un pasatiempo, y su gusto en esta clase de materias está lejos de constituir ley en Alemania.



(Vista del palacio imperial y plaza de San Miguel).

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Coyachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscripcion en Madrid. Por un mes cuatro reales. Por seis meses veinte reales. Por un año treinta y seis reales. En las Provincias franco de porte. Por tres meses catorce reales. Por seis meses veinte y cuatro reales. Por un año cuarenta y ocho reales. Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la Administracion del Semanario, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.